

El Caracol Nacarado



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 53049. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

El Caracol Nacarado

Fernando Olavarría Gabler

En un lejano mar del oriente, vivía el caracol nacarado. Su concha, del más brillante nácar jamás visto en el océano, era la envidia de las perlas, de los peces plateados y de la luna llena cuando se reflejaba en el mar. Todo ello parecía gris al compararlo con nuestro maravilloso caracol. Cuando caminaba lentamente por las rocas coralíferas el transparente color verde turquesa de las aguas tropicales aumentaba su delicada tonalidad y las arenas blancas se veían aún más blancas al recibir la luz de la concha de este fino molusco.

Pero tanta brillantez externa, digna de un ser superior, no corría a la par con la inteligencia del caracol, porque el caracol nacarado era un necio. Más aún, un necio fatuo. Creía que todo el mundo giraba alrededor de él y como su mundo era el mar, se imaginaba que él era el centro del mar y por ende las aguas todas con sus peces y demás bichos y bestias de agua salada deberían rendirle pleitesía.



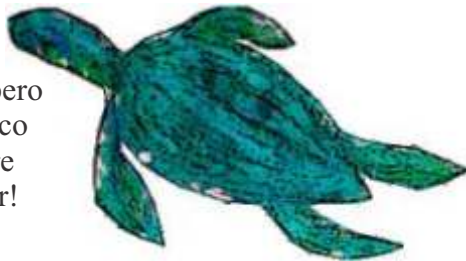
- Buenos días don caracol - lo saludaban los pececillos de vivísimos colores al pasar junto a él.

- Buenos los tengan mis pequeños - contestaba el caracol, sin siquiera disminuir el paso ni inclinar levemente la cabeza.

- ¡Qué extraño! - comentaba - no me han dicho Su Majestad. Ni Su Señoría o Su Excelencia. ¡Por lo menos podrían saludarme diciendo Su Merced! Pero no importa. ¡Son tan mal educados e insignificantes estos horribles pececillos! Sus colores chillones me provocan náuseas.

Pasó una tortuga marina.

Esta anciana señora venía de muy, pero muy lejos y por lo tanto estaba un poco cansada. Saludó al caracol con un aire soñoliento y cadencioso, ¡grave error! Esto provocó la ira del caracol.



- ¿Qué se ha imaginado esa vieja roñosa? - ¿Saludar en esa forma al más bello, al ultra exquisitamente hermoso caracol nacarado? Y nuestro caracol, no pudiendo soportar más estos desaires cayó en un ataque de histeria. ¿Han visto a un caracol con ataque de nervios? ¿No? Yo tampoco. Pero me imagino que no pudo patear en la alfombra porque los caracoles no tienen piernas y en las rocas no hay alfombras. ¿Echarlo al baño con agua fría? Ni pensarlo. En el mundo del caracol de nuestro cuento lo que abunda es el agua, pero ¿agua fría? Imposible de conseguirla en un mar tropical. Lo mejor fue no hacerle caso a su pataleta y poco a poco el caracol se calmó, dejó de estar boca arriba echando agua mezclada con arena por sus orificios branquiales y entre hipo y sollozos finalmente el ataque terminó.

Los vecinos del fondo coralífero volvieron a sus labores habituales y pronto estaba todo igual que antes. Pero el caracol nacarado no había olvidado ni perdonado la ofensa; ni por tratarse de

una anciana merecía el perdón esta tortuga. El pulpo trató de explicarle a Su Majestad sobre el cansancio que provoca un largo viaje, pero fue interrumpido por un "no me hables más de este asunto o tendrás que arrepentirte todos los días de tu vida de haber perdido a un importantísimo amigo". El pulpo se fue malhumorado, derecho a su cueva y decidió no estrecharle más la mano al estúpido de su vecino, mas, quedó con la duda de cuál de las ocho manos no le iba a estrechar y ante esta incertidumbre decidió perdonarlo por esta vez y olvidar el asunto.

Pasaron los meses y los años y un buen día (o más bien un mal día) unos pescadores de perlas decidieron pescar en ese lugar. Buceaban a grandes profundidades y se mantenían largo tiempo sin respirar. El pescador, en su mano derecha y antebrazo extendidos, colocaba las ostras que encontraba en el fondo marino y una vez completada la cantidad de seis a diez ostras, nadaba rápidamente hacia

la superficie sin que éstas se cayeran.

- Qué seres tan estúpidos - pensó el caracol. - Sacar a pasear a las vulgares ostras y no me invitan a MÍ - Pero no había terminado de comentar esto, cuando un pescador lo avistó y cogiéndolo lo puso en la palma de su mano derecha. El caracol rápidamente se replegó introduciéndose en su concha para no ensuciarse con tan negra mano, pero poco después, al mirar de reojo, observó que el pescador se había quitado lo negro de la piel justamente donde él viajaba y esto lo consideró como un acto de deferencia hacia su persona y saliendo nuevamente se pegó a la palma de la mano del buzo. Llegó a la superficie y lo tiraron a una canasta junto con las ostras. Esto le provocó un gran espanto y gritó con desesperación que lo liberaran del contacto con esa chusma. ¡Sáquenme de aquí!, gritaba con todas sus branquias. Pero nadie le oía porque en el aire se oyen a los que gritan a todo pulmón.

El ardiente sol de los trópicos ardía como oro derretido en el cielo. El caracol nunca había visto tanta luminosidad. Debe ser el reflejo de mi concha que ilumina el firmamento, exclamó, y luego de decir estas palabras, expiró.

Su cuerpo putrefacto lo extrajeron con un garfio de acero y una gaviota se lo llevó por los aires.

Vendieron la nacarada concha en el mercado. De allí viajó a España y quedó en venta en una exposición marítima en Barcelona. Si el caracol hubiera vivido, habría estado muy contento porque esa exposición náutica fue inaugurada por el Príncipe. No cabe la menor duda de que el caracol habría creído que el Príncipe había venido a la exposición a rendirle homenaje.

Allí lo encontré. Lo compré y llevándolo en mi equipaje, el caracol nacarado viajó tanto como la vieja tortuga de mar. Llegó finalmente al salón de mi casa, donde sirve de adorno junto a un fino



jarrón de porcelana china.

Y aquí llega a su término la historia del caracol nacarado, tan hermoso por fuera y tan necio por dentro. ¿Cuántos caracoles hay en el mar? Sólo Dios sabe y ÉL los hizo de todos los tamaños y colores imaginables. Cada uno vive en su mundo y cumple su papel en la creación. La misión de mi tonto y hermoso caracol fue la de servir de adorno en mi hogar, provocando así la admiración de los que llegan a visitarnos.

Si el caracol contemplara su vacío cuerpo, exclamaría con orgullo: ¡Qué importante y hermoso es el nácar de mi concha! En realidad, creo sin equivocarme en absoluto, que soy el más delicado adorno que existe en esta casa.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 53049. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina